

PRIMERA PARTE.

Quando Jesucristo, Señor Nuestro, en su ardiente celo contra los enemigos de su Reino, quiso prevenir á sus discípulos y en ellos á su Iglesia contra los muchos peligros que constantemente debieran evitar, llamó de preferencia la atención sobre cierto linaje de hombres á quienes consideraba sin duda como los mas temibles por estar mas encubiertos y disfrazados, *los falsos profetas*. “Guardaos, decia, de los falsos profetas que vienen á vosotros vestidos con pieles de ovejas; mas por dentro son lobos voraces; vosotros los conoceréis por sus frutos.” (*) Desde entónces, hermanos é hijos carísimos, quedó perfectamente caracterizada la lucha que en todos los siglos habria de sufrir la Iglesia de Dios, y en consecuencia todo cuerpo social animado de su espíritu y fundado en los principios del Evangelio. Desde entónces quedaron perfectamente deslindados los dos campos de esta contienda, que no acabará jamas; el de la verdad eterna con sus principios inmutables, la moral cristiana con sus reglas infalibles, y la sociedad civil con sus bases eternas y con sus garantías divinas; y el de la razon indómita con sus falsas teorías, la voluntad rebelde con sus pretendidos derechos, y la política impía, en sus conatos contra Dios, con sus instituciones transitorias y sus desórdenes permanentes. Desde entónces, por último, el error y el vicio, despechados contra los triunfos de la Cruz, tomaron proporciones mas colosales, redujeron sus imposturas, sus artificios y sus odios á un sistema dies-

(*) S. Math. cap. VII v. 15.

tramente combinado, dieron un grito de alarma contra todo lo establecido, levantaron su bandera y se esforzaron por reunir en torno de ella todas las inteligencias, todas las sociedades y todas las instituciones. ¡Y sabéis, hermanos é hijos carísimos, cómo se llama esta secta impía, que desde el principio de la Iglesia y la institucion definitiva de la sociedad política pugna incesantemente, sin perdonar medio alguno, para derrocarla? Se llama *la revolucion*. ¡Sabéis cuál es el trage que han tomado siempre sus agentes para sorprender la credulidad, corromper el buen sentido y desnaturalizar el carácter de los individuos y de los pueblos? El mas vistoso y atractivo, el mas interesante y simpático, el que mas á propósito se juzga para cautivar la confianza y penetrar en el corazon de la multitud; esto es: toman la piel de oveja, para encubrir corazones de tigre. Viéndolos, y sobre todo escuchándolos, parecen en el orden especulativo los defensores de la verdad, y en el orden práctico los precursores del bien: nada esquivan á trueque de llegar á su intento: en los primeros siglos son apologistas, en los siglos medios son teólogos, en el renacimiento reformadores de las costumbres, restauradores de la ciencia, vindicadores del sentido legítimo de la Santa Escritura, miembros de una iglesia reformada. A veces los veréis tan celosos contra el vicio y dados á la contemplación, que parecen emular á los Bernardos y á las Teresas: en el siglo diez y ocho los veis aparecer en las academias, en los colegios, en los parlamentos y en las cortes con el noble intento de dilatar la esfera del pensamiento, arrasando los diques que le pusieran antiguas preocupaciones, devolver al hombre sus derechos y á la sociedad sus títulos, poner la legislación en armonía con la voluntad de los pueblos, como única fuente del poder público, y por último, desembarazar los caminos que debe recorrer la sociedad, de todos estos obstáculos que por siglos habian amontonado la religion, la iglesia y su ministerio, retardando sus pasos, para acelerar su arribo á la mas alta civilizacion y al mayor número de goces á que tiene derecho de aspirar.

Mas al través de estos diferentes vestidos descubriréis el mismo cuerpo bajo las apariencias de estos diversos planes, ó programas como se dice hoy, encontraréis el mismo pensamiento; y sin embargo de esos diversos amaños, descubriréis ya al hereje que elige, ya al cismático que instituye, ya al apóstata que forma Iglesias, ya al político que reforma y acelera el paso de la sociedad; pero siempre una misma cosa en el fondo; siempre á ese antiguo conspirador contra la verdad y la virtud, á ese viejo coriféo de la legion anticatólica, á esta revolucion siempre antigua y

siempre nueva, cuyas faces diversas, expresion de las circunstancias en que se halla, del siglo en que vive y de los medios que emplea, no alteran en lo mas mínimo su identidad personal. Hé aquí, os lo dirémos, resumiéndolo todo en las palabras de Jesucristo, el mayor de todos los peligros que corréis, los falsos profetas, vestidos de corderos para encontrar francas las puertas de vuestro corazon, pero trayendo en la sangre la venenosa rabia de la fiera del desierto para devorar á todos. Estad, pues, alerta: nada importan sus disfraces, nada su idioma, nada sus promesas; pues basta que considereis sus obras, para conocerlos y detestarlos. *Ex fructibus eorum cognoscetis eos.*

En efecto: si el estudio abstracto de las causas burla no pocas veces la expectativa del filósofo y el cálculo del político; jamás ha dejado de ser infalible el concepto que se forma de ellas en vista de sus efectos. En este sentido se ha llamado con mucha propiedad á la historia maestra de la verdad, escuela del tiempo y luz del porvenir: porque siendo el depósito de las acciones humanas, ella nos suministra en los hechos mismos los datos que bastan para formar un acertado juicio acerca de las teorías y de los sistemas.

Todo ha pasado ya entre nosotros: un periodo de medio siglo, que mide el curso de nuestras revoluciones políticas, suministra cuanto la razon y la voluntad pudieran apetecer para buscar en lo pasado la garantía mas eficaz y sólida de un dichoso porvenir. Echemos, si no, una ojeada retrospectiva sin llegar hasta la primera revolucion: pongamos la vista en aquel memorable dia, en que el mas agigantado y feliz de nuestros héroes, cambiando de medios y de táctica, buscando los recursos en el estado de nuestra sociedad, reuniendo en un centro comun todos los intereses y aprovechando la circunstancia del desconcierto político de la antigua Metrópoli, cuya dependencia de ella tenía por tal motivo alarmadas las creencias y la ideas de orden que aquí reinaban, logró dar una solucion tan gloriosa como pacífica á la cuestion de la independéncia, proclamándola con el beneplácito de toda la nacion; y desde este elevado punto descendámos recorriendo los hechos mas culminantes de nuestra deplorable historia, y esto bastará, no hay duda, para ilustrarnos, fortalecernos y salvarnos.

Acordáos, hermanos é hijos carísimos, de los primeros pasos que se dieron entónces; contemplad en los colores combinados de la bandera que anunció al mundo el nacimiento de un nuevo Estado político, la gran síntesis de nuestra ciencia práctica fundada en los hábitos de tres siglos

de fe y de moral, y las condiciones que la misma razon bien dirigida nos descubria para dar el mejor curso á nuestra marcha social: ved en seguida en donde comenzó, y por donde ha continuado nuestro extravío, y ya no extrañaréis haber llegado á estos últimos extremos de ignorancia, degradacion y miseria, en donde nos ha preeipitado la revolucion.

Inscribiendo entónces la religion al frente de nuestra bandera nacional, hicimos una profesion solemne de nuestras creencias en el orden político, profesámos en el acto mismo la primacía que á Dios corresponde por el mas incontestable derecho en todas las cosas, y tácitamente prometimos ligar con vínculos indisolubles las instituciones políticas con las creencias religiosas, fundar la legislacion en la moral, ésta en la religion, y no reconocer la religion verdadera sino solo en el seno de la Iglesia católica.

¡Qué punto de partida! ¡qué auspicios tan lisonjeros! ¡qué garantía para nuestras mas justas aspiraciones! ¡qué término de perspectiva tan lleno de encantos no presentaba entónces á la nacion y al mundo nuestro sucesivo porvenir! Pero ¡ay! apenas dado este primer paso, torcimos el camino, y no parece sino que nos fastidiámos de ser felices á semejanza de los primeros habitantes del Paraíso, y cediendo á la misma tentacion que ellos, cambiámos las riquezas de lo presente por las falaces promesas del tentador, y pasámos muy en breve de los tranquilos goces del estado social á los horribles tormentos de la mas turbulenta y desastrosa anarquía.

Apénas empezaba á resplandecer aquel hermoso dia, el primero de nuestra nueva era política; apénas empezaban todos los hijos de México á sentir los goces de un estado social á que todos habian aspirado con tanto anhelo; apénas comenzaba la prevision á dilatarse con placer en los horizontes indefinidos de un porvenir lleno de vida y de fuerza, de un porvenir preparado por la religion, las costumbres, los hábitos de obediencia, el amor al orden, y garantido por las mismas condiciones de nuestra emancipacion política por el espléndido tributo de reconocimiento y sumision que ofrecia la primera de ellas al Supremo Legislador de la sociedad, por el vigor y fuerza consiguiente al pacto de union que debia ligar para siempre á todos los hijos de la gran familia mexicana, y por todos los ricos y fecundos elementos de prosperidad consiguientes á las riquezas de todo género propias de este suelo privilegiado; y cuando la ruidosa nueva de todos estos acontecimientos ocupaba al antiguo mundo, ya

el bello cuadro se iba oscureciendo; las densas nubes se apiñaban sobre nuestro horizonte, y los signos precursores de la tempestad ponían en todas partes las alarmas en el corazón. La desazón, el disgusto, la inquietud, el malestar se apoderaban de todos, y no discurrió mucho tiempo sin que aquellas teorías vergonzantes estuvieran en boga, aquellas pretensiones encubiertas aparecieran á toda luz, y aquellas pasiones mal comprimidas hicieran su explosión. ¡Triste condición de los individuos y de los pueblos, hermanos é hijos carísimos, rebelarse contra su propio bien, enconarse contra su felicidad, cegarse contra los ejemplos y no aprovechar las lecciones de la experiencia, ser insensibles á la vista de las terribles vicisitudes de los otros y aun á los propios escarmientos! La independencia de México era un grande hecho social de cuyo empleo dependía sin duda todo el porvenir. Este pueblo, á semejanza del hombre que salido del seno de su familia, forma una nueva para regirse por sí mismo, comenzaba una carrera que podía conducir á la felicidad ó á la desgracia, según que obedeciese al noble impulso que le comunicaba Dios, y siguiese la línea trazada por la divina Ley, aprovechando los inmensos recursos de la Iglesia católica, ó que desconociéndolo y despreciándolo todo, siguiese el impulso loco de las pasiones, y se lanzase por los senderos de la iniquidad á los abismos de la muerte.

No faltó, bien lo sabéis, en aquella época, ni Dios con su gracia, ni el Evangelio con sus luces, ni la moral con su apoyo, ni la Iglesia con su solicitud admirable. Pero ¡ay! una fiera indómita, un genio maléfico acechaba desde lejos á la víctima: intereses bastardos, pasiones enconadas; he aquí la fuerza: la revolución con sus viejas imposturas, sus novedosas teorías y sus fascinadoras promesas; he aquí el astuto genio que apoderándose de nuestra independencia, iniciaba ya la época de tinieblas y desastres, de errores y de crímenes que mató nuestra felicidad en su cuna, y al cabo de medio siglo de sangre y exterminio no acaba de cebarse todavía.

Tan maligna como prudente en su táctica, tan venenosa en su esencia como atractiva en su forma, tan reconcentrada en sus designios como fácil y expansiva en su acción, se mezclaba en todo sin ser apercibida, preparaba su obra sin anunciar su pensamiento, arrojaba sus inspiraciones sin la pretensión de dogmatizar, embarazaba los caminos escondiendo las manos, y siempre activa, siempre alerta, siempre sagaz, es la única para quien no ha corrido en vano uno solo de los años, los días y aun los momentos de nuestra vida política.

Hé aquí, hermanos é hijos carísimos, el secreto de esos monstruosísi-

mos fenómenos de que está llena la historia de nuestras revoluciones civiles, el por qué de esta inestabilidad proverbial, de estos cambios frequentísimos, de esta sucesión de constituciones que mueren apenas nacen, de este flujo de leyes que rigen la mañana y desaparecen en la tarde, de ese desconcierto progresivo y universal que ha laxado todos los resortes de vida, de esa debilidad siempre creciente que ha cubierto el rostro de la joven nación con todas las rugas de la más achacosa vejez, de tantas locuras sin tipo y tantos crímenes sin ejemplo.

He aquí la revolución y la patria: la revolución con sus luces fascinadoras, y la patria hundida en el caos; la revolución con sus seductoras novedades, y la patria despojada de su antigua nobleza, debilitada de su antiguo vigor, luciendo sus ignominias y afrentas, ostentado su doloroso escarnio delante del mundo; la revolución con sus fastuosas promesas, y la patria con sus dolores profundos; la revolución dibujando el cuadro de la felicidad, y la patria en los abismos de la muerte; la revolución brindando con la soberanía, y la patria yaciendo paralítica en la última degradación; la revolución rindiendo sus cultos á la libertad, y los pueblos encadenados, perseguidos, arruinados, respirando apenas bajo el ferreo yugo del más espantoso terror; la revolución prometiendo á todos y para siempre la más plena seguridad en todo sentido, y las familias temblando por su honor y por su vida en presencia de unas turbas indómitas que nada perdonan para saciar su rabia; la revolución proclamando con énfasis el derecho de propiedad, y el robo consagrado por las leyes, autorizado en todas partes, haciendo mil estragos desde la casa de Dios hasta la miserable choza del indígena, acabando con cuanto existe, y trasformando en un hospicio de miserables á la opulenta México; la revolución, por último, anunciando á los pueblos, á nombre del progreso, el incremento de todos los ramos de prosperidad pública, y México despojada de cuanto tenía, de sus admirables obras, de sus más importantes establecimientos, de su antigua riqueza, de su honrosísimo concepto, de sus esclarecidas dotes, México, la católica México, la ordenada México, la noble y opulenta México, saqueada, escandalizada, desmoralizada, perseguida, residencia del mal, esclava de los más bastardos intereses, presa de las más odiosas y desenfrenadas pasiones, débil, pobre, miserable, hambrienta, consumida, afrentada, escarnecida, despreciada, hecha el oprobio de todos los pueblos á la faz de toda la tierra!

¡Qué ha sido pues, hermanos é hijos carísimos, qué ha sido de la religión, de la moral, de las costumbres, de los excelentes hábitos, esclare-

cidas dotes, cuantiosísimos recursos y proverbial riqueza del pueblo mexicano? ¿En qué han venido á parar los intentos magníficos, las fascinadoras teorías, las espléndidas promesas, y la delicada táctica de la revolución?

A la vista de este cuadro, donde recorreremos con horror todos los males que pueden affigir á un pueblo, de esos santuarios, monumentos de la creencia católica y de la piadosa magnificencia de nuestros mayores, brutalmente invadidos y sacrílegamente despojados; de esos montones de tierra en que el furor impío trasformó tantas Iglesias y monasterios; de esos coros de vírgenes lanzadas de sus claustros con crueldad inaudita; de esos ministros del Santuario arrojados de su patria ó errantes por los bosques, arrastrando su miseria en las soledades inaccesibles, para sustraerse á la última persecucion; de esa riqueza sagrada que espensaba nuestro espléndido culto, que sostenia innumerables establecimientos de educacion y de caridad, que facilitaba los trabajos del honrado labrador y ministraba recursos á todos los menesterosos, desapareciendo instantaneamente para sacar de la mendicidad á tantos agentes de la revolucion; de esos antiguos institutos tan íntimamente ligados á la historia de nuestra civilizacion, en cuyas crónicas venerables se registran los nombres ilustres de los primeros apóstoles del nuevo mundo, despojados, suprimidos al tiempo mismo que se proclamó la independencia mas absoluta entre la Iglesia y el Estado, entre la Religion y la política: en fin, de esa tiranía sistemada, que en su furor de destruir traspasa los límites de la vida pareciendo disputar á los muertos hasta la paz del sepulcro....

A la vista, volverémos á decirlo, á la vista de este cuadro nada es tan fácil para todos como estimar en su justo valor ese pretendido progreso, esa mentida libertad, esas garantías efímeras y esa irónica prosperidad social, que debian ser el resultado de tantos desastres. Pero á lo ménos ¿podrán consolarse los mas entusiastas partidarios de la revolucion con el goce de los bienes que ellos se prometian á su modo? El derecho constitucional desapareciendo entre los abusos brutales de la fuerza, la libertad trasformada en una tiranía sin ejemplo, las garantías sacrificadas desde los decretos mismos, el erario en ruina, las fortunas arruinadas, el comercio sin vida, la Nacion sin crédito, el mal en proporciones inmensas sin correctivo y sin remedio.... Basta: hé aquí los horrendos frutos de esa tenebrosa y activa labor del progreso, de la libertad y de las instituciones: hé aquí los títulos que presentan al patriotismo y á la fe de los pueblos esos hombres que comenzando la obra por violentar

nuestro estado social, mediándola con invertir el sistema de los deberes, impulsándola con atacar en todo sentido á la Iglesia y sus ministros, las creencias católicas y la moral pública, han concluido con hacer volar en una explosion comun cuanto de mas respetable y grande, de mas sólido y fuerte, de mas hermoso y digno atesoraba nuestra sociedad, hundiéndola toda en el mas asqueroso fango de crímenes, de miseria y humillacion.

Pero qué, ¿á esto solo, aunque parezca sobrepajar á toda ponderacion, se hubieran reducido los males que la revolucion en toda la plenitud de su desarrollo preparaba á nuestra patria? Mucho es lo que habian hecho; pero infinitamente mas lo que quedaba por hacer. Figuráos, hermanos é hijos carísimos, que ningun obstáculo se hubiese opuesto á su marcha: figuráos que triunfante de toda oposicion armada, hubiese logrado llevar á cabo su plan hábilmente concebido para abolir el culto, proscribir las creencias y aniquilar el imperio de la moral cristiana. ¿Existirian aun esas basílicas? ¿conservaríais aun este sacerdocio? ¿volverian á sus claustros esas vírgenes sagradas, y á sus tareas apostólicas ó vida de oracion esas comunidades religiosas? La familia, este grande y primitivo elemento de la sociedad, ¿no hubiera perdido para siempre el sacramento que la consagra y la moral que la conserva? ¿Qué hubiera sido muy pronto, volverémos á preguntarlo, qué seria de la católica México, si la Providencia no hubiese detenido en su carrera desastrosa la terrible revolucion? ¡Ah! al solo considerarlo, el alma se agita, se trastorna, retrocede temblando penetrada de terror....

¿Qué mas se necesita, hermanos é hijos carísimos, para retroceder con espanto á la vista de esos odiosos sistemas, para temblar de horror al escuchar esas palabras huecas con que la revolucion aturde á los pueblos para matarlos, y para no estudiar en ese monton de ruinas, en el sentimiento mismo de nuestra desgracia, el arte bien difícil de utilizar los propios escarmientos? ¿Qué recursos pudieran quedar á los prosélitos de la revolucion para seducir á los pueblos despues de tan terribles desengaños? ¿Qué pueden importar sus vanos discursos, conocidos ya sus detestables hechos? qué sus lisonjeras promesas, cuando con sus mismas obras nos han dado á conocer lo que valen? Por sus frutos debian conocerse conforme á la regla del Salvador *ex fructibus eorum cognoscetis eos*.

Ved, pues, amados hijos, lo que es la revolucion considerada en sí misma, en el sistema de sus medios y en sus terribles efectos; ved cómo para juzgarla con toda exactitud, detestarla con horror y condenar sus

odiosas teorías y sus fastuosas promesas, no es necesario mas que recorrer los escombros que ha dejado en todos los pueblos, y contemplar esas muchas y lastimosas ruinas que arrancan lágrimas de los ojos y radican el sobresalto y la alarma en el corazon. Pero no debemos quedar satisfechos con estos tristes desengaños: es necesario acometer á la grande obra de universal restauracion que exige nuestra patria, reincorporarnos en los caminos de la vida y hacer la gloriosa reconquista de tantos bienes perdidos; buscar en Dios el fundamento de la sociedad, en la moral evangélica las bases de la legislacion y las garantías de su estabilidad; trabajar incesantemente para que se reanuden los vínculos de esta gran familia, y uniformar la conducta con los principios mediante la cooperacion activa y eficaz con la Iglesia y el Gobierno. Mas tales son los conceptos que nos proponemos desenvolver en la segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

“Uno de los mas graves errores de un siglo que los profesó todos, y que el nuestro conserva y defiende como un rico legado, es el creer que la sociedad se constituye como se construye un edificio ó se funde una estatua de bronce;” que se puede inventar al placer en este punto, buscando en los sistemas políticos vestidos á la moda; que todo está sujeto á la voluntad, y que ni la Providencia con sus leyes, ni el Evangelio con su moral, ni las tradiciones con su poder, ni las costumbres con su influjo, deben servir de obstáculos á eso que se ha llamado *ley del progreso*, y que en el idioma revolucionario no es mas que el pretendido derecho de vagar siempre sin rumbo ni tino al impulso vario de las opiniones, de los intereses y de las pasiones.

El progreso, palabra que significa el movimiento en cualquiera línea, ni es una palabra nueva ni representa una idea nueva: antigua es como las lenguas todas, obvio su significado como las ideas comunes. El progreso es una ley, ó mejor dicho, una condicion moral de todo ser perfectible, pero nunca un distintivo de lo que está fijo y es perfecto por su naturaleza. Todo aquello que pertenece al orden fundamental en cada línea, está determinado y fijo desde el principio por el Autor de la naturaleza. Nada hay en ella, bien lo sabéis, que en su parte fundamental haya quedado pendiente ni del tiempo ni de los hombres. He aquí por qué, ni la constitucion de la sociedad, ni sus principios generales, ni el criterio de